

## El litoral Pacífico colombiano: ritmos de vida de Juradó a Cabo Manglares

Ana Elena Builes Vélez / Universidad Pontificia Bolivariana

Adriana Anacona Muñoz / Universidad del Valle

Lina María Suárez Vásquez / Institución Universitaria Pascual Bravo

El Pacífico chocoano colombiano permite avizorar una relación entre naturaleza y humanidad que evidencia una preocupación consciente por mantener un equilibrio en aspectos sociales, contextuales, lingüísticos y culturales. Esto se da, quizás, por la manera en que es asumida la vida, el ritmo de las personas, sus tambores y sus escrituras. En los territorios de esta región abundan las selvas, el litoral, los caseríos, los ríos, la vegetación densa y la fauna, al igual que comunidades afrodescendientes que conviven, y han convivido, en este ecosistema en una relación estrecha de cuidado mutuo, respeto y resguardo por tradiciones ancestrales, herencias e historias que reflejan su visión particular del mar, el río, la selva, el mundo.

La lentitud y los otros ritmos de vida nos permiten experimentar lo que parece desafiar y negar la posibilidad misma de la experiencia. Nos invitan a reflexionar sobre el impacto de la velocidad contemporánea en nuestras nociones de lugar, subjetividad y sociabilidad. Hans Ulrich Gumbrecht (2004) sostiene que la lógica de desplazamiento continuo de la velocidad ejerce una enorme presión sobre nuestro sentido de la presencia, lo que hace que las personas estén constantemente abrumadas y distraídas por el exceso de información y la anticipación inquieta. La lentitud intenta resolvería estos problemas.

Es de conocimiento global que el Pacífico colombiano es un territorio rico en diferentes recursos naturales y culturales, los cuales son apetecidos por entidades “legales” privadas y públicas en el mundo, y, al mismo tiempo, por grupos insurgentes que ven en dichos recursos una manera de respaldar su accionar. Desde Juradó hasta Cabo Manglares, ningún territorio es la excepción, y esto ha hecho que algunos habitantes de las comunidades que lo habitan se vean desplazados o se vinculen a grupos que atentan contra su territorio y lo que él implica. Podría decirse que esto ha generado un deterioro de la identidad social, cultural y política. Por otro lado, las condiciones geográficas y de acceso al territorio han afectado los procesos de alfabetización tradicionales, pero han favorecido los saberes ancestrales a través de la tradición oral y la cultura material.

Además de la importancia ecosistémica de la región, es vital reconocer el valor de estos saberes como elementos

socioculturales que permiten articular, sistémica y sistemáticamente, las ciencias sociales y humanas, las ciencias naturales, las ciencias políticas y las artes. Esta articulación beneficia las percepciones y acciones de apropiación territorial, ambiental y ecológica de los habitantes de las comunidades (Ingold 2000) al generar modos de habitar, valorar e identificar el territorio, como lo propuso el Papa Francisco en su Encíclica sobre la “Casa Común” (2015).

La evolución sostenible de los grupos poblacionales tiene asiento en la valoración y el reconcomiendo de su medio ambiente. Sin embargo, es preciso entenderlo y vivenciarlo desde una relación simbiótica con el hábitat. La conciencia humana tendría que estar articulada—tejida—, precisamente, al territorio y a las interacciones necesarias para su subsistencia. El trazado reflexivo a que convoca el Papa Francisco en la Carta Encíclica *Laudato SI* del 24 de mayo de 2015 Sobre el cuidado de la Casa Común. En ella se nos plantea analizar el deterioro ambiental como un asunto multifactorial, ya que las incidencias son mutuas: la naturaleza, en tanto entidad que existe, es capaz de responder a nuestro trato. La crisis que hemos creado en el planeta es tangible tanto por lo climático como lo alimentario, lo cual deriva en la precaria situación de salud de la especie humana.

En este sentido, es necesario que la conciencia y acción humanas se incorporen al territorio para su cuidado y conservación. Esto fortalecería las capacidades autónomas, donde el desarrollo no solo se equipara con la productividad, sino que permite ampliar la mirada sobre la naturaleza para defenderla, protegerla, saber vivir con ella, para ella y de ella. Así, diversificar la oferta de servicios ecosistémicos de interés para los habitantes y visitantes de esta zona de vocación cada vez más ecoturística promueve el patrimonio material e inmaterial que ofrece este territorio.

Es importante dar cuenta de viejos problemas, nuevas o innovadoras miradas en el territorio, que permitan reconocer los contrastes, las brechas, la desigualdad y el racismo que aumentan la vulnerabilidad y las formas de resistencias. Así mismo, es fundamental tener en cuenta la manera en que las ciencias en este territorio contribuyen a superar dichas brechas, así como las complejidades y los contrastes que tiene el Pacífico colombiano. Primero, porque, aunque

en distintos ámbitos se discute la riqueza de esta región, su ubicación estratégica, la proporción de su biodiversidad en fauna y flora, y la existencia de pueblos étnicos que tienen condiciones especiales con respecto a la tierra, el territorio y la territorialidad, siempre se hace referencia, por supuesto, a su ubicación geopolítica como factor importante. Segundo, porque, a pesar de expresar que conocemos su realidad — incluso las altas cifras de marginalidad y pobreza—, existe una negación histórica a la forma como allí se defiende la vida, relacionada con el racismo y clasismo estructurales, que hacen que sigamos sometiendo a esta región a mayor desigualdad y, por tanto, pobreza del país e incluso del continente americano.

Esta región está configurada por cuatro departamentos: Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño. En ella se encuentra el Distrito Especial de Buenaventura, que algunos identifican como capital de esta región. Cada departamento reconoce los municipios que conforman su diversidad en subregiones, lo que equivale a una lógica administrativa que les permite organizar su gestión. Según el Departamento Nacional de Planeación (2018), esta región tiene 2.468.243, 93 hectáreas en áreas protegidas, reserva forestal y parques naturales. El Pacífico litoral y el Pacífico andino, que configuran la geografía de la zona, poseen distintos ecosistemas, desde manglares, áreas protegidas (Isla Gorgona, Gorgonilla, Malpelo, Farallones) y el Macizo Colombiano, el cual provee el 70% del abastecimiento del agua de todo el país y es el mayor reservorio de agua del planeta. En esta zona, además, se registran un poco más de ocho millones de habitantes, distribuidos en cuatro departamentos: Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño. En el Chocó se encuentra la frontera con Panamá, asociada a cuatro municipios de este departamento, con problemas agudos de migración ilegal, pero también un alto potencial turístico. Por su parte, en el sur, en Nariño, limitan diez municipios con Ecuador, los cuales también tienen dificultades migratorias y potencial turístico.

Cada departamento posee su particularidad en materia de desarrollo, que es diferenciado, no por las razones obvias que atañen a su diversidad, sino porque, entre más racializado, mayor es su desigualdad y pobreza. De ahí que no resulten extrañas, por ejemplo, las diferencias entre el Valle del Cauca y el Chocó. El Pacífico andino posee mayor desarrollo económico, lo que genera cadenas productivas relacionadas con el monocultivo de la caña de azúcar y las industrias de alimentos procesados, farmacéutica y turística. De acuerdo con el DNP (2018), el Pacífico andino recoge las principales aglomeraciones urbanas como las capitales de tres departamentos, con excepción de Quibdó en el Chocó. Por su parte, el litoral Pacífico cuenta con mayor diversidad étnica y ambiental, y, a su vez, es más incipiente el desarrollo económico, aunque se practica la minería y pesca artesanal. Sus riquezas también han hecho que los actores armados inscriban sus dinámicas de control territorial y violencia directa. Posee mayores niveles

de ruralidad de sus municipios, en su mayoría con categoría 6, lo que significa en Colombia una dependencia financiera en recursos de transferencias y, en consecuencia, de la lógica centralista que nos ha caracterizado, a pesar de la Constitución de 1991. El sometimiento a las múltiples violencias siempre va a demostrar indicadores sociales inferiores a los nacionales. Aun así, hay investigaciones que demuestran su fuerte potencial en procesos político-organizativos de comunidades étnicas: indígenas, afrodescendientes y palenqueras. Tales procesos concentran el mayor número de organizaciones del movimiento indígena, campesino, negro, raizal, afrodescendiente y palenquero de este país, incluso de América Latina.

Estas características llevan a reconocer que es fundamental la definición y la implementación de políticas que apoyen la defensa de los ecosistemas y de toda la vida que en ellos existe. Reconocer la riqueza hídrica de todos los departamentos exige una responsabilidad global y, por tanto, una articulación de protección con otros países que procure el cuidado compartido y constante, disminuyendo las posibles amenazas al recurso hídrico y demás recursos del territorio.

La amenaza a dichos recursos se ancla en parámetros de la violencia. En este sentido, nos podemos apoyar en Johan Galtung (2003), un referente en estudios para la paz, quien refiere tres tipos de violencia: estructural, directa y cultural. La relación entre las tipologías de esta compleja triada se puede observar en el Pacífico colombiano. La violencia estructural, expresada en la precariedad en infraestructura de todo tipo y nivel, supone grandes contradicciones. Aunque es una región rica en recursos hídricos, no posee infraestructura de agua potable, situación que genera no solo problemas de salud, sino de desarrollo local, incluido su potencial de turismo comunitario y ecológico. La región cuenta además con el mayor reservorio de especies, y es un laboratorio de salud, pero su población muere porque no hay infraestructura hospitalaria: “En Guapi, el principal hospital no cuenta con ambulancia en lancha. Qué decir de Tumaco o Bahía Solano, de sur a norte, de norte a sur” (voces de alcaldes y alcaldesas, 9 de agosto del 2022).<sup>1</sup> Y así, esta situación se puede ejemplificar en términos de infraestructura aeroportuaria, terrestre, acuática, y por sectores: salud, educación, vivienda, deporte, economía. Se observan también violencias directas, porque son abrumadoras las cifras de afectación del conflicto armado. El asesinato selectivo a líderes y lideresas sociales en Cauca, Nariño, Chocó y Valle del Cauca siempre reporta las tasas más altas. Por último, se evidencia una violencia cultural o simbólica por el racismo, que no es ajeno a la academia, ni mucho menos a la forma de hacer o producir ciencia de todo nivel. Hemos desconocido no solamente la riqueza de su cultura, sino el potencial humano de sabedores y sabedoras que nos permiten reconocer formas distintas de conocimiento, epistemologías y formas propias, comunitarias, de hacer ciencias.

Alguna vez alguien preguntó: ¿Por qué *PAZífico*?, señalando que tenía un error de ortografía. La respuesta respetuosa es: no es error de ortografía; es un horror de sintonía, de empatía, con los procesos que, en esta gran diversidad de territorios y territorialidades, se presentan. Porque este territorio nos ha enseñado por siglos que, aún en medio de la guerra y la precariedad a la que ha sido sometido, se pueden tramitar y construir las paces. Por eso, el deseo es proponer este interrogante, e intentar contribuir a la urgente necesidad de dar dignidad a estos territorios, a los múltiples y distintos buenos vivires que se tejen, se trenzan, en el Pacífico andino y litoral, desde donde se brinda vida a todo el planeta, porque esta región se conecta y ofrece vida a toda la biodiversidad, y eso lo exponen muy bien las ciencias básicas y las ciencias de la salud.

En las historias contadas, narradas y cantadas, los habitantes del Pacífico transmiten, representan y expresan sus sentimientos, su cultura, las condiciones sociales y culturales, las formas de vida y producción, las resistencias, la comida y su identidad étnica. Evidenciamos en estas narraciones rastros de “una cultura material, una acción ritual y un género verbal”; esto es, “un proceso comunicativo que crea o recrea una realidad social, con significados en cada una de las acciones de su acontecer cotidiano, de su propia historia contada y cantada por el pensamiento hecho palabra” (Motta 1997, 14), palabra que, hecha literatura o música, se ha convertido en una de las formas de auto-representarse y de auto-reconocerse que les permiten coexistir en su territorio diverso, multicultural y pluriétnico. Sobre el territorio del Pacífico se tejen historias que escenifican la apropiación de componentes ecosistémicos y que son transmitidas por vías orales, mediante prácticas y otras manifestaciones inmateriales que interesa leer y caracterizar. Son composiciones folclóricas que, de suyo, recrean mitos, leyendas, costumbres, poemas típicos que, además de dar cuenta de la identidad, permiten entrever prácticas y relaciones con la naturaleza, nuestra casa común.

La narrativa oral, las “oral-literaturas”, los relatos, cobran relevancia puesto que el acervo cultural reposa en ellas más que en los textos escritos. Hay que partir de que se entiende que la literatura es el discurso de lo imaginario (Duncan 2015) y que, en este sentido, ella es capaz de mostrar y transmitir valores, comportamientos e idiosincrasias, además de entregar lecturas del paisaje como otros medios analíticos no podrían hacerlo. Por otro lado, la literatura no está solo en el texto escrito. Como nos indica Freja de la Hoz, ya en la segunda mitad del siglo XX algunos especialistas empezaron a reevaluar la forma de escribir y de pensar la historia literaria, con estudios como los de Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, José Miguel Oviedo, Antonio Cornejo Polar, Walter Mignolo, Beatriz Sarlo y Mario J. Valdés (Freja de la Hoz 2015, 36-39). Sus aportes, en efecto, permiten entender la literatura oral como una creación donde el autor se diluye en muchos sujetos sociales y como un discurso hecho para

la oralidad en la que, en todo caso, se transmiten contenidos culturales de modos tan válidos como en la literatura escrita.

Ahora bien, las historias contadas por los viajeros extranjeros, nacionales o internacionales, del Pacífico colombiano, esconden y representan otras realidades, desde la mirada ajena del visitante que desconoce las realidades del territorio. Peralta y Díaz (2021), en un estudio realizado sobre la literatura del Pacífico colombiano del Siglo XIX, aseguran que esta literatura:

es una fuente invaluable para apreciar el acercamiento que la cultura occidental y el sistema capitalista en expansión mundial tuvieron hacia el medio natural y sobre la gente afropacífica que vivía en esta zona de la joven república. Sus autores desplegaron un esquema de percepción y de interpretación de lo visitado que (...) se valieron de un entramado de significados que hilaron una narrativa racista y neocolonialista sobre la realidad que estaban examinando. (155)

Es aquí donde cobran tanto valor las diferentes expresiones culturales y sociales de los pobladores de este territorio. En gran medida porque sus historias, contadas en diferentes formatos materiales e inmateriales, se convierten en testimonio de las realidades y complejidades de una región del país que ha sido particularmente golpeada por todo tipo de violencias y, en consecuencia, ha sido marginalizada.

Cuando evocamos los imaginarios que los habitantes del Pacífico, litoral y andino, tienen sobre su hábitat es porque nos interesa levantar reflexivamente la presencia de valores que indiquen si existe un respeto—práctico, tangible—por la creación, el cuidado y la construcción de la casa común. Son los relatos los que dan forma a la experiencia y, por ello, las comunidades vulnerables frente a las crisis ambientales—que son crisis sociales indefectiblemente—son las llamadas a contar esta historia, a dar cuenta de cómo viven una ecología que quizá interconecte su vivencia ambiental, social, económica, sus costumbres y hábitos de supervivencia y su lectura del entorno. No es un secreto que el país es excluyente: el desarrollo, entendido como progreso capitalista, ha tenido como foco los grandes centros urbanos, minando con ello otros territorios en los que los síntomas de la degradación son más aprehensibles.

Sin embargo, es posible que, en dichos lugares las tradiciones orales, los relatos de la propia historia, sus cosmovisiones, sus tradiciones culinarias, den cuenta de un vínculo con la naturaleza mucho más cercano y creador que el que dicen sostener los habitantes de las grandes urbes. Estos relatos no se han escrito, permanecen, tal vez, en el plano de las “oral-literaturas” y, desde nuestro punto de vista, requieren atención, difusión, divulgación y, en últimas, reelaboraciones simbólicas que los dignifiquen y les permitan ser recontados—o leídos—en otros territorios y latitudes.

La exclusión de estos saberes ancestrales hace parte de una larga campaña de colonialismo a que hemos estado sujetos y, además, da cuenta de nuestra idea—occidentalizada—del conocimiento de la naturaleza desde posiciones fragmentarias. Las actitudes que inciden de peores maneras en nuestras problemáticas medioambientales se fundamentan en una confianza ciega en la técnica. Una técnica entendida como la capacidad humana de resolver problemas, más que evitarlos. Esto, de suyo, nos hace una especie indiferente.

Por ello resultan precisos los cambios de paradigmas: casi siempre la academia se piensa portadora de un saber que las comunidades no tienen (actitud, de nuevo, colonialista). Empero, es nuestro propósito desacomodarnos de esta estructura de pensamiento, e intentar revisar las otras formas de vida, los otros ritmos que en ese territorio tan diverso y rico siempre han estado presentes. Esperamos que, bajo este pretexto, podamos discutir las complejidades de esta importante región planetaria, para que dejemos de verla desde la marginalidad, y construyamos formas distintas de reconocimiento de su esplendor e importancia. En este sentido, es fundamental que, desde la misma academia, podamos proponer más investigaciones colaborativas con sus comunidades, y dar más fuerza a sus epistemologías propias y, con ello, mayor protección a este maravilloso lugar, que es origen de la vida.

Conocer el Pacífico no es sólo montar en una lancha y recorrer sus ríos, manglares y mar, sino también estar dispuesto a observar de manera distinta sus dificultades y aportar a otras formas de dar solución a estas y potenciar sus fortalezas en beneficio del territorio, la cultura y la nación; es tener mayor escucha a sus procesos, a su comprensión de los múltiples territorios, de la defensa de la vida. Conocer el Pacífico supera la empatía y la fascinación, exige ser riguroso y sistemático en lo que cada persona, entorno y ser que lo habita te enseña, incluyendo sus plantas y sus miles de especies de todo tipo de fauna y flora. Es estar dispuesto a reconocer que, más que una diáspora y un mundo andino, en estos territorios habita nuestra mejor raíz cultural y herencia genética. Aquí es donde está

la forma de vida y resistencia que permitirá la pervivencia de la especie humana. No es una exageración. Basta con buscar cifras y estudios especializados sobre el Pacífico colombiano para demostrarlo.

Este número temático de la *Revista de Estudios Colombianos* dedicado al Pacífico cuenta con tres ensayos que revisan diferentes asuntos relacionados con esta región del país y una entrevista. En “Vulnerabilidad social y oportunidades de desarrollo en el litoral del Pacífico,” Bilver Adrián Astorquiza Bustos, Sandra Paola Ibáñez, Maribel Castillo Caicedo y Carlos Arango Pastrana revisan diferentes indicadores económicos en el Distrito de Buenaventura con el propósito de comprender la manera cómo el desarrollo económico de dicha región está vinculado con la calidad de vida de los habitantes del territorio. Por su parte, Marita Lopera y Catherin Cardona en “Los ritmos otros de Óscar Collazos y Arnoldo Palacios: una mirada al silencio” estudian dos obras de dos importantes escritores chocoanos revisando los acontecimientos en ellas y mirando ritmos *otros* desde la filosofía y la música. Tomando un enfoque comparativo entre regiones, Claudia Fernández-Silva, Sandra Marcela Vélez-Granda y Ana María Sossa-Londoño en “Artefactos vestimentarios patrimoniales de las fronteras difusas entre Antioquia y Chocó” hacen una revisión de cinco artefactos vestimentarios y su relación con la herencia cultural, las prácticas de transmisión de saberes y su ubicación geográfica a través de una herramienta de caracterización diseñada por estas investigadoras. Además de los tres ensayos referidos, este número cuenta con la entrevista “El acercamiento entre territorios” de Cherylyn Elston al poeta y gestor cultural Jeferson Torres. En esta entrevista, Torres habla sobre los orígenes de varios proyectos editoriales y cuál es el significado y la importancia de estos para la región del Pacífico en relación al intercambio cultural como proyecto de construcción de narrativas de no violencia y acercamiento entre territorios.

Esperamos que *REC 60* sea de mucho interés para todos y que su lectura provoque nuevos acercamientos a la cultura, la literatura y al territorio del Pacífico, andino y litoral, colombiano.

### Obras citadas

- Alcaldía de Santiago de Cali. 2022. “Construcción de PazEstable y Duradera” en *Memorias de la I Cumbre de alcaldes y alcaldes del litoral Pacífico*.
- Chapman, O. & Sawchuk, K. 2012. “Research-Creation: Intervention, Analysis and ‘Family Resemblances’”. *Canadian Journal Of Communication*, 37 (1), 5-26. <https://doi.org/10.22230/cjc.2012v37n1a2489>
- Departamento de Planeación Nacional- DNP. 2014. “Sección Pacífico: desarrollo socioeconómico con equidad, integración y sostenibilidad ambiental del Documento Bases del Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018”.
- Francisco, P. 2015. *Laudato SI. Sobre el cuidado de la casa común*. Madrid: San Pablo.

- Freja de la Hoz A. 2015. *Literatura oral en Colombia. Romances, coplas y décimas en el Pacífico y el Caribe colombianos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Galindo Orrego M. I. 2021. La vida orillera: agitaciones violentas y arremetidas del mar en el Pacífico colombiano. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 23 (2), 59-78. <https://doi.org/10.17151/rasv.2021.23.2.4>
- Galtung, J. 2003. *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bakeaz.
- Gumbrecht, H. U. 2004. *Production of Presence: What Meaning Cannot Convey*. Stanford University Press.
- Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment*. London: Routledge.
- Mercado-Pérez, R. 2016. “El cuidado del medio ambiente, una cuestión ética”. *Sincronía. Revista de Filosofía y Letras*, 69. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/5138/513854326002.pdf>
- Motta, N. 1997. *Hablas de selva y agua: la oralidad afropacífica desde una perspectiva de género*. Colombia: Universidad del Valle. Instituto de estudios del Pacífico.
- Peralta Agudelo, J. A. y M. R. Díaz Benjumea. 2022. *Entre bosques tropicales y comunidades negras: el viajero del siglo XIX frente a la otredad del Pacífico colombiano*. <https://doi.org/10.21678/0252-1865>
- Restrepo E., y Rojas, A. 2004. *Conflicto e (in)visibilidad: Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

---

### Notas

- 1 El concepto de laboratorio de salud hace referencia a la posibilidad que tiene en la fauna y la flora de generar distintas medicinas y oportunidades para mejorar las condiciones de cambio climático. Es la investigación y conservación de lo que en el Pacífico existe.